

*Fecha sin precisar.  
Meses antes*

Pablo Baena

**D**esalmadas, las luces de la ciudad se fueron oxidando. Se dirían esfinges al acecho. Ahora. Pero son sólo gárgolas: sumidero. Aunque hubieran podido parecer tan cálidas.

El pulgar izquierdo del hombre habrá pulsado en este instante, con pereza, el entrecejo, naturalmente glabro o tal vez artificialmente depilado, de ella: vado de seda tibia en el anochecer de julio. Apenas. Se diría inmóvil, ese dedo. Sólo ella habrá percibido, matemático, su acolchado latido, como de corazón minúsculo, más en algún perdido recodo dentro de su cráneo que sobre esta piel, que ella sabe tan suave, entre las cejas de dibujo nítido, donde la yema del pulgar del hombre roza apenas. Y ella estará pensando —aun sin saber, desde luego, que

eso piensa, que piensa— en cinco notas repetidas del segundo movimiento de la séptima: Beethoven, cuando Yoel, mucho antes de aquí, de esto, en aquel tiempo tan extraño ahora, en aquel tan, tan lejano, en aquel donde no había aún la que ahora es. Ahora. Tan infantil era, tan arrogante, aquella; siente pena de la que fue, de aquella, y, sin embargo... No, nunca más. No envidiará nunca el pasado: es la deuda inviolable consigo misma... *La rosa secreta*, pobre Yoel, *la remota, intacta, la inviolada rosa...* Fue. No retornará. Nunca.

—¿Alisas, tal vez, primera arruga mía?—, dice ella.

Y en el acento de la mujer, que sisea tan desde otro mundo como susurra el viento al atravesar todas aquellas ciudades que en algún momento de nuestras vidas hemos olvidado, y en el acento de vidrios que apenas se rozan entre sí, oirá tintinear la alegre, la mentirosa melancolía de quien se sabe demasiado joven como para ceder al terror de eso que su voz dice; como para siquiera percibir el definitivo abismo que abrirá eso a lo cual ella ha llamado su «primera arruga».

—¿Alisas, tal vez, mi primera arruga?—. Y corrige, como sobre un ejercicio escolar, su primera versión equivocada. Y sonrío, quizá para subrayar el efecto.

—Ya sabes —responde el hombre, pero está hablando solo, responde a la mujer desnuda, en voz muy baja, como si la seca fonética de su propia lengua lo avergonzara, tras el lento susurrar vocales como esquirlas de hielo en la voz de ella—, ya sabes, se hace así con los gatitos para que se duerman.

—También con bebés.

Ella deja como rodar las palabras con ese ajeno escandir discontinuo de las sílabas, que tanto desasosiega al hombre. Yuki, la que dice llamarse Yuki, eso qué importa a ninguno de los dos, qué importa a nadie — pero sí importa, el nombre dice todo en el oficio de la mujer —, Yuki pues, perdida en el atardecer de persianas bajas, en esta habitación demasiado pequeña de un hotel demasiado moderno, que no ahoga del todo el homogéneo gruñido que viene de la autopista de Barajas, deja como rodar las sílabas, que nunca son del todo palabras y que por eso desasosiegan al hombre, porque tienen vida, evocan, hieren, como nunca las palabras sabidas pueden hacerlo, con esa exasperante lentitud cerrada que ha hecho al hombre sentirse tan desnudo, tan a merced de la mujer, pese a las reglas convenidas que codifica el teléfono, el contrato verbal, el displicente, demasiado displicente, pago adelantado, el sobre, ahora vacío sobre la mesa junto a la ventana, donde ella lo dejó caer tras guardar los billetes en el monedero rojo y éste en el voluminoso bolso azul; pese a lo poco equívoco del lazo transitorio que los acerca en esta tormenta de verano que dibuja sueños y angustia a muy pocos minutos del aeropuerto; pese a la caja con los preservativos, abierta sobre la mesilla de noche. A merced de ella.

—También con bebés.

¿Por qué ha dicho eso? El hombre, diríase ahora que se ha replegado. Y ha encogido los hombros en silencio.

—¿No sabes? —de sílaba en sílaba, la voz de la mujer, como la flecha en el aire de Zenón de Elea, camino inexorable de su blanco y sin querer alcanzarlo nunca—. Eres raro. Muy raro.

—¿Quién sabe lo que es eso: «raro»? Hablemos de cosas alegres. Mira, te propongo un trato. Si un día la estupenda abuela millonaria que no tengo me deja mi bien merecida herencia y me hago rico —ahora la sonrisa del hombre es forzada y triste, mierda, seguro que ella lo habrá percibido—, ¿como cuánto me costaría que te quedases a pasar la noche entera conmigo?

—Bueno, ya sabes. Tienes tarifas en página web. Normal —ella marca un instante de pausa cuando percibe lo inadecuado, ¿o tal vez lo peligroso?, de ese «normal», pero enseguida recupera la cadencia aplomada de siempre—, normal —repite— mil ochocientos euros.

—«Normal», entonces —y ella, diría el hombre que se ha sonrojado, pero seguro que es sólo su vanidad, qué tontería—. Será mi primera inversión de hombre rico. Prometido.

Ella deja escapar una infantil carcajada, que, de inmediato, reprime.

—¿Y no preferirás invertir mejor en una de esas muy jovencitas? Las hay guapas. Y salen mucho menos caras.

—Detesto a las jovencitas. Son vanidosas e inhábiles. Además de espantosamente predecibles. Y yo

carezco, además de vocación didáctica... *Me gustan sinuosas, refulgentes, tenaces y pecadoras...* Perdóname... Soy un pedante y un plasta.

—Has pagado. Puedes permitirte incluso largarme cita más chorra del universo, si es eso que te divierte. No hay extra. Aunque sinuosa, no; eso no tiene remedio: no gusta silicona... Ah, y *Long goodbye* entraba en examen de inglés al final de Instituto.

\* \* \*

Y más tarde, pero eso habrá necesariamente de ser después de que haya pasado otra media hora, cuando el tiempo de la mujer que adquirió el hombre haya sido por completo usado, más tarde, digo, habrá dos taxis aparcados a la puerta de este hotel pulcro y feo de aeropuerto. En sentidos contrarios.